

EL LIBRO DE LA CALLE



Siempre recordaré con nostalgia mis primeros años en la universidad. Ahora, con el paso de los años, me he dado cuenta de lo ingenuo que era, de las quizás demasiado románticas ideas con las que acudía a mis primeros días de clase, y los sueños que tenía, que luego no todos salieron tal como imaginaba en aquel momento. Supongo que es normal, forma parte del desarrollo natural de la persona, y lo que seguramente hubiera sido contraproducente sería haber afrontado todo aquello con una mentalidad totalmente adulta; tenía 17 años.

Recuerdo de qué modo nos instalamos en un pueblecito cercano a la capital, ya que el precio de un alquiler en la propia ciudad era prohibitivo, y a fin de cuentas podías acudir al campus en coche, tardando apenas 30 minutos (había compañeros de clase que vivían en la capital y tardaban una hora en hacer el trayecto desde sus casas en el autobús de línea urbana). Además, pronto encontramos compañeros que vivían en aquel pueblecito, con los que podríamos compartir el viaje en coche, y así, pagando la gasolina a medias, nos saldría mucho más económico.

Así que allí estábamos los cinco compañeros puntualmente, cada día, a las 7 y media de la mañana (muchas veces aún de noche) en una intersección cercana a la salida del pueblo, puntuales, ya hiciera frío, lloviera, hubieras dormido o no. Me acuerdo de que siempre uno de ellos se hacía un poco el remolón y tardaba un poco más, lo que nos permitía al resto quedarnos a echar una cabezadita en el coche, a charlar o simplemente buscar algún remedio eficaz contra el aburrimiento o el frío.

A aquella hora, poco movimiento había en las calles del pueblo. Lo más que podías encontrarte era alguna señora mayor que iba a la casa donde se vendía leche recién ordeñada, o a algún hombre que se dedicaba a labores en el campo, al que acudía cada día a esa hora. Aquel pueblo contaba con unos 17.000 habitantes, una población envejecida, una economía basada en la agricultura, y aquellos compañeros de viaje formaban parte de una generación que significaba la ruptura con respecto a todas las

anteriores, que desde pequeños ya tenían esclarecido el futuro, bien por costumbre, por falta de medios o simplemente porque era la mejor opción personal a elegir: los chicos cultivarían el campo y traerían dinero a los hogares, y las chicas se dedicarían a las labores de la casa y a procurar que a los hombres no les faltara nada para poder desempeñar su función, es decir, les tendrían un plato en la mesa y una muda en el armario cada mañana. Evidentemente para estas generaciones no era necesaria una preparación en la universidad, y simplemente así se ganaban la vida honradamente (bastante bien alguno) y eran felices.

Algunos días también nos encontrábamos a un barrendero, que a esa hora empezaba su turno en aquella calle. Iba con su escoba de paja, su cigarro y su carrito, con tranquilidad, sin prisa, barriendo las hojas que la inminente llegada del otoño había empezado a esparcir por la carretera. Día tras día, nos fuimos haciendo cada cual parte de la rutina de aquel hombre, y él de la nuestra, de modo que llegó un momento en que nos dábamos los buenos días y nos sonreía cómplicemente, dándose cuenta de lo que hacíamos allí.

En una ocasión, cuando ya sobaban las presentaciones y los formalismos, llegó hasta nosotros, y aprovechó para fumarse un cigarro y descansar, a la vez que charlaba con nosotros.

-¡Buenos días!

Tenía una voz aguardentosa; estaba sin afeitado, un aspecto desaliñado. Ninguno se adelantó especialmente para contestarle, porque sabíamos que tomar la iniciativa era mal asunto; seguramente aquel hombre no volvería a hablar con nadie en horas, y tomaría por banda al valiente que lo hiciera, hablando de trivialidades, y francamente, a esas horas no nos apetecía a ninguno. Al fin alguien le respondió, y el resto respiró aliviado. Inmediatamente, aquel hombre se apresuró:

-Vosotros vais a la capital a la universidad ¿verdad? Os llevo ya un tiempo viendo...

-Sí...-inmediatamente fue interrumpido, aunque tampoco tenía mucho más que añadir a aquello...

-Vosotros seguramente lo sabréis... llevo unos días queriendo preguntar... ¿qué instituto es mejor, éste que está aquí o el de la otra punta del pueblo?

Llegados a este punto, efectivamente nuestras sospechas eran ciertas, la conversación iba para largo. Aquel buen hombre tendría unos 40 años, quizá menos; formaba parte de las generaciones 'anteriores'. En aquel pueblo, en los últimos años se había abierto una nueva posibilidad para las nuevas generaciones, se habían construido dos institutos de secundaria. Uno de formación profesional, donde a las chicas se les daba la oportunidad de aprender Administrativo, y a los chicos Electricidad o Automoción (ningún chico ni ninguna chica elegía la otra opción de estudio dentro de aquel instituto). Otro, de bachillerato, que era a donde acudían los que luego daban el salto a la Universidad. Los dos institutos eran públicos, y enseñaban materias distintas no demasiado relacionadas unas con otras ¿a qué se refería aquel hombre?

-Es que mi hijo termina la educación básica este año, y ahora dice que no sabe qué hacer. Yo tampoco entiendo mucho de esto, pero se lo he dicho claramente: si quiere estudiar, adelante, yo le pago los estudios, y si no, ya sabe lo que hay -dijo señalando con la cara la escoba, en la cual se estaba apoyando.

Aquellas palabras retrataban el pensamiento de esa generación, pero oírlas de aquel modo tan gráfico y desgarrador hizo que se me quedaran grabadas para siempre. Me hizo recordar que cuando yo tenía apenas 8 años, en el colegio, era una práctica común amenazar a los niños que no hacían sus deberes que acabarían siendo barrenderos, y tanto nos caló aquello que los que sí hacíamos los deberes respirábamos aliviados pensando que no lo seríamos. Técnicamente, aquellos profesores que nos amenazaban de aquel modo pertenecían a la generación 'anterior', pero ellos sí habían ido a la universidad, habían emigrado para encontrar una vida mejor, estaban en la capital, habían visto mundo... ¿es que la forma de pensar de esa generación venía impuesta por las condiciones sociales, por la tradición, y no por la preparación que no recibieron?

Cuando aquel señor nos dijo aquello, inmediatamente comprendimos su pregunta, y entonces honestamente, le explicamos la diferencia que había entre los dos institutos, y cuál sería la elección que debería tomar su hijo, dependiendo de sus aspiraciones e intereses.

Han pasado 20 años desde aquello. Finalmente, terminé mis estudios como Ingeniero en Informática. Después, regresé a la capital y nunca más volví a aquel pueblo. Conseguí un trabajo en una consultoría, y creí que mi vida al fin había encontrado una estabilidad. Empecé a pensar en un futuro, en comprar una casa, un coche, una segunda vivienda, en casarme con mi novia, a la que conocí durante los años en la universidad, y por la que daba mi vida, en formar una familia. Pero aquel trabajo empezó a absorberme: trabajaba de sol a sol, a veces los fines de semana, y estaba continuamente viajando, viviendo el desarraigo. Siempre pensaba que aquello sería temporal, que al principio en el trabajo siempre es así, lo pasas mal hasta que te ganas tu puesto y ya empiezas cada vez a trabajar menos horas y a ganar más dinero, y entonces tus sueños se empiezan a hacer realidad.

Pero ese momento nunca llegó. Antes de que llegara, mi novia dejó de quererme, mis padres fallecieron y yo me quedé sin sueños. Esto me sumió en una profunda depresión, que hizo replantearme toda mi existencia desde el nacimiento hasta mi futura muerte, y me llevó a voltear la mesa de mi trabajo y empezar una nueva vida.

Ahora trabajo en el Ayuntamiento de la ciudad. Tengo un empleo estable, que no me obliga a viajar, sin jefes directos, con un horario de 35 horas semanales, y cobro más que en la consultoría. Soy barrendero, aunque prefiero decir que soy Operario de Servicios Múltiples en la Sección de Limpieza.

Claudio.